



Dando sentido a la pedagogía en un mundo de incertidumbre (*)(**)

Dr. Patrick Blessinger

Lecturer of education at SUNY (Old Westbury) STEM teacher
with NYSED Chief research scientist for the International
Higher Education Teaching and Learning Association or HETL
New York, EEUU

Traducido por:

Dra. Michelle Paulet

Departamento de Inglés
Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación
Santiago de Chile

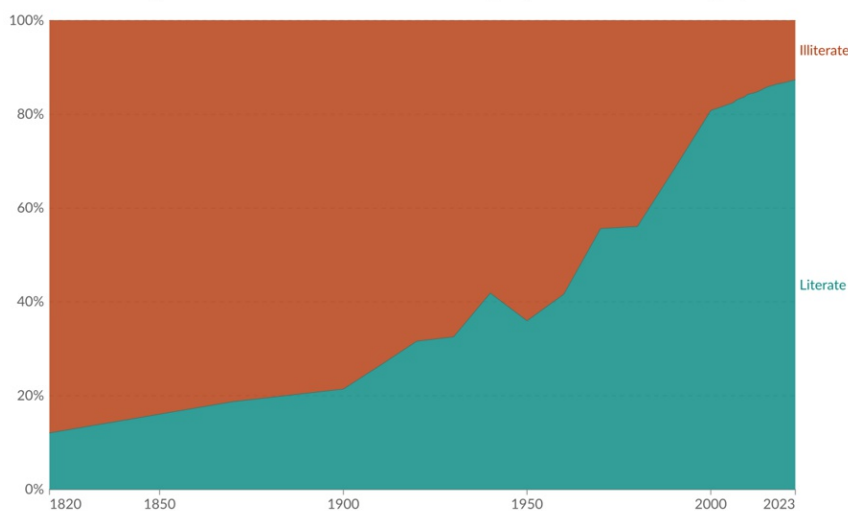
En una época de aceleración tecnológica, agitación social y vulnerabilidad ambiental, el arte y la ciencia de la pedagogía no pueden resumirse simplemente como un método de enseñanza, sino más bien como una búsqueda multidimensional, fluida y exclusivamente humana.

Como exploré en mi artículo, *Entendiendo la pedagogía* (Blessinger, 2020), la pedagogía es tanto una filosofía como una praxis: una forma de ver el mundo, relacionarse con los demás y dar forma al futuro a través del aprendizaje profundo.

Repensar la pedagogía hoy implica comprender la esencia misma de lo que significa enseñar y aprender en un mundo hiperconectado e impredecible. Este replanteamiento no es opcional; es urgente. En los últimos 200 años, hemos visto cómo la tasa mundial de alfabetización ha pasado de aproximadamente el 10 % a casi el 90 %. Esto demuestra la importancia de la alfabetización, la enseñanza y el aprendizaje, en la vida contemporánea.

Literate and illiterate world population

The share of adults aged 15 and older who can read and write a short, simple statement on their everyday life.



Data source: World Bank (2024); van Zanden, J. et al. (2014)

OurWorldinData.org/literacy | CC BY

(*) Título original: Making sense of pedagogy in a world of uncertainty

(**) Original accesible en: <https://revistas.umce.cl/index.php/perspectivas/article/view/3176>

El corazón de la pedagogía

En esencia, la pedagogía no se trata simplemente de "cómo" enseñamos; se trata de "por qué" y "con qué propósito" enseñamos. En este sentido, la pedagogía debe partir de preguntas fundamentales sobre valores, identidad e intención. ¿Para qué tipo de sociedad estamos preparando a los estudiantes? ¿Qué tipo de seres humanos esperamos cultivar? Estas son las preguntas fundamentales que subyacen a toda la labor educativa.

Estas preguntas, como argumenté en *Entendiendo la Pedagogía*, se revela la pedagogía como un sistema vivo de relaciones humanas, creencias culturales y compromisos éticos. Esta comprensión nos ayuda a alejarnos de la instrucción puramente mecanicista hacia experiencias más holísticas, centradas en el alumno y el aprendizaje.

Por ejemplo, la investigación de John Hattie sobre Aprendizaje Visible identifica prácticas instruccionales como la claridad docente (tamaño del efecto = 0,84), la retroalimentación (0,70) y las relaciones entre estudiantes y docentes (0,72) como las más impactantes. Estas no son solo estrategias, sino relaciones pedagógicas de claridad, confianza y respeto mutuo.

Pedagogía para un futuro incierto

La pedagogía no es estática; es un proceso continuo de revisión, renovación y reflexión. En nuestros tiempos, esta perspectiva es más relevante que nunca. Una pedagogía eficaz requiere que los educadores se muevan con mayor fluidez entre la comprensión teórica y la realidad del aula.

Sin embargo, con demasiada frecuencia, los sistemas educativos reducen la pedagogía a la impartición técnica. Este reduccionismo puede despojar a la enseñanza de su esencia. La verdadera pedagogía trasciende la técnica, aunque sea importante. Se basa en la humildad, la empatía y la capacidad de crear significado en medio de la complejidad, la incertidumbre y la ambigüedad.

El futuro que heredarán nuestros estudiantes es cambiante y frágil. Las disrupciones de la COVID-19, la amenaza del cambio climático y el auge de la inteligencia artificial son señales sistémicas de que nuestro mundo se está reconfigurando de maneras profundamente fundamentales en todo el panorama global.

Por lo tanto, el desafío pedagógico no consiste en preparar a los estudiantes para un mundo estable y predecible, sino para la adaptabilidad y la resiliencia, cualidades clave necesarias para un mundo caracterizado por la inestabilidad y la imprevisibilidad. Esto exige un cambio de la transmisión de conocimientos a *aprendizaje transformador*: un cambio no sólo de qué pensar, sino también de cómo pensar.

Esto puede lograrse, por ejemplo, mediante el aprendizaje basado en la indagación, proyectos interdisciplinarios y el desarrollo socioemocional. Implica transformar los silos disciplinarios rígidos en marcos más integradores e interdisciplinarios. Es necesario empoderar a los estudiantes no solo como trabajadores y consumidores, sino también como ciudadanos y agentes éticos.

El aprendizaje es social y siempre se sitúa en contextos específicos. Por lo tanto, la práctica pedagógica debe estar profundamente en sintonía con los contextos sociales, culturales y ambientales en los que se desarrolla. Esto implica enseñar para la resiliencia, la alfabetización ecológica y digital, y el pensamiento sistémico, no como asignaturas optativas, sino como competencias básicas.

Humanizando la experiencia de aprendizaje

En esencia, la pedagogía es un acto profundamente humano. No se ejerce sobre los estudiantes, sino que se cocrea con ellos. Por ello, las relaciones pedagógicas se basan no solo en el rigor intelectual, aunque muy importante, sino también en la compasión y el cuidado.

El trabajo de Nel Noddings (2005) nos recuerda que el cuidado no es un ideal blando; es una práctica educativa rigurosa. El aprendizaje corre peligro si no hay confianza en la relación. Los estudiantes se cierran al sentirse invisibles o ignorados. Este es un problema, especialmente en aulas cada vez más diversas. La pedagogía inclusiva y la sensibilidad cultural no son palabras de moda; son prácticas de comunidad y pertenencia.

Cuando los educadores honran las experiencias e identidades vividas de los estudiantes, afirman su humanidad y abren caminos para un aprendizaje auténtico. Como se señala en la investigación de Hattie, factores como la "eficacia colectiva docente" (tamaño del efecto = 1,57) y las "calificaciones auto-informadas" (1,33) demuestran la profunda importancia de la enseñanza personal y relacional.

La eficacia colectiva docente, con un tamaño del efecto de 1,57, se clasifica como el factor más influyente en el rendimiento estudiantil. Pero, ¿qué significa este término en la práctica? Es la creencia compartida entre los educadores en su capacidad colectiva para influir positivamente en el aprendizaje estudiantil.

Trasciende las habilidades individuales del docente y se integra en el tejido cultural de la propia institución. Cuando los docentes trabajan en colaboración, creen en su capacidad para superar los desafíos y se esfuerzan colectivamente por alcanzar la excelencia, el impacto en los estudiantes puede ser transformador.

Esta creencia no se basa en un optimismo ingenuo, sino en la realidad empírica: las escuelas que cultivan sólidas comunidades profesionales de aprendizaje, que invierten en la confianza y la cooperación entre colegas, que cultivan altas expectativas entre docentes y estudiantes, y que empoderan a los docentes con iniciativa y voz, son las escuelas donde los estudiantes tienen más probabilidades de prosperar. La eficacia colectiva no es solo un estado psicológico; es un multiplicador de fuerza pedagógica.

También es interesante el efecto de las calificaciones auto-informadas, con un tamaño del efecto de 1,33. Junto con el análisis de tareas cognitivas (1,29), esta métrica mide la capacidad del estudiante para predecir o estimar su trabajo con precisión. En otras palabras, es una medida de metacognición: la conciencia de los estudiantes sobre su propio aprendizaje y su capacidad para gestionarlo eficazmente para obtener resultados importantes. También mide las altas expectativas que los estudiantes tienen de sí mismos.

El rendimiento de los estudiantes se ve fuertemente motivado si se les enseña a gestionar su progreso académico y a asumir la responsabilidad final de su propio desarrollo de conocimientos y habilidades. Se trata de formar estudiantes más autosuficientes, en lugar de excesivamente codependientes.

Esta consciencia debería impulsar un cambio de paradigma en el diseño de nuestros programas de evaluación. En lugar de basarnos únicamente en evaluaciones sumativas y pruebas estandarizadas, debemos integrar una evaluación mucho más formativa (retroalimentación, establecimiento de objetivos y reflexión dirigida por el alumnado) en nuestras prácticas docentes. Esto ayuda a impulsar ajustes y diferenciación pedagógica en tiempo real según las necesidades de aprendizaje del alumnado.

Enseñando a los estudiantes *Cómo aprender* se vuelve tan importante como Lo que aprenden. Cuando los estudiantes se perciben como competentes, capaces y con control de su trayectoria educativa, su motivación y sus resultados mejoran.

La eficacia docente colectiva y las calificaciones auto-informadas iluminan una verdad profunda: las palancas más poderosas para mejorar la educación no son tecnológicas, estructurales ni procedimentales: son relacionales, reflexivas y culturales.

Nos recuerdan que cuando aprovechamos la eficacia colectiva del profesorado y apoyamos a los estudiantes para que crean en sí mismos, creamos un clima de aprendizaje profundo. En resumen, el poder de la autoeficacia puede cambiar vidas.

Estas no son simplemente estrategias para agregarse a un conjunto de herramientas instructivas: son expresiones de una filosofía pedagógica que aprovecha la esencia de la agencia humana, la dignidad y la interconexión.

La pedagogía como imaginación ética

En *Entendiendo la Pedagogía*, argumenté que la pedagogía es también una forma de imaginación ética. Es decir, nos invita a visualizar lo que es posible cuando priorizamos la acción humana, el rigor intelectual y la interconexión global en nuestro trabajo.

Esta visión se opone a la mercantilización de la educación. Considera a los estudiantes no como simples datos, aunque los datos de evaluación son muy importantes, sino como personas integrales. Considera la enseñanza no como una mera impartición, sino como diálogo y desarrollo, además insiste en que la educación debe servir no solo a los mercados, sino también a las comunidades.

Esta postura ética exige que los líderes educativos reinventar los sistemas que rigen el aprendizaje. La burocracia debe permitir la creatividad y la autonomía. La estandarización debe ser sensible a las necesidades de los estudiantes y a la autonomía institucional. Y el cumplimiento normativo debe dar cabida a la innovación y la experimentación.

La idea de la pedagogía como imaginación ética también puede representarse a través del verso. En los siguientes versos, intenté capturar la esencia de esta idea.

El globo del aula

En el aula 304,
Un globo desgastado reposa en silencio,

sus bordes deshilachados, sus colores apagados,

embotado por pequeñas manos ansiosas;

Desvanecido por las mareas recurrentes del tiempo.

Su superficie desgastada—
un viaje de mentes inquietas,

cada rotación—

una lección de la larga historia de la Tierra,

cada giro—

una crónica del progreso de la humanidad.

Los estudiantes lo hacen girar una y otra vez,

miran con entusiasmo
mientras los continentes chocan,
y los imperios surgen y caen
como arenas movedizas,
A medida que las guerras inclinan el eje
de un mundo en constante cambio.
Sus dedos trazan las venas de los ríos,
las espigas de las montañas,
las cicatrices de las fronteras;
redibujado con sangre humana,
remodelado con sacrificios humanos.
La cuadrícula de latitudes y longitudes
tallar el mundo en reinos medidos,
pero no son capaces de contener
la extensión ilimitada
de la ambición humana.
El globo no es un mero artefacto;
No es un modelo simple del planeta,
En cambio, es un portal a través del tiempo,
conectando el pasado con el presente,
reflejando la historia de la humanidad,
mapeando nuestras esperanzas
Para un futuro mejor.

* Por Patrick Blessinger

Nota histórica

El globo terráqueo representa la búsqueda de la humanidad por comprender el planeta en el que vive. Los antiguos griegos teorizaron sobre la redondez de la Tierra. Los cartógrafos renacentistas trazaron nuevas fronteras a medida que aprendían más sobre el planeta. Cada nueva iteración del globo terráqueo amplía nuestro conocimiento del mundo. Ha impulsado a exploradores a nuevas tierras y ha ayudado a establecer imperios. Globos terráqueos y mapas se encuentran en aulas y bibliotecas de todo el mundo. Las civilizaciones surgen y caen, y las fronteras de los países cambian como la arena. El globo terráqueo representa la fluidez y las tensiones de la naturaleza humana y la historia de la humanidad.

Reflexión del autor

Quería ilustrar la tensión entre el cambio y la estabilidad en este poema. Quería mostrar que, si bien los mapas y los globos terráqueos representan modelos bidimensionales y tridimensionales del planeta Tierra, también representan mucho más que eso. El poema no trata simplemente de una maqueta planetaria en un estante de un aula; trata sobre las cargas de la historia humana, las heridas persistentes del conflicto y las aspiraciones de las generaciones pasadas. Cada giro del globo terráqueo representa un contacto con el pasado. El globo terráqueo es un puente entre el pasado de la humanidad y nuestras posibilidades futuras.

Hacia futuras pedagogías

A medida que el mundo cambia, la pedagogía debe evolucionar. Necesitamos nuevos paradigmas para afrontar nuevos desafíos. Tres en particular destacan:

La ecopedagogía enmarca la educación como una herramienta para la regeneración ecológica. Los estudiantes aprenden a verse como parte de la red de la vida, cultivando una profunda ética de cuidado de la Tierra y de los demás.

En la era de la IA, la realidad extendida y la digitalización, debemos asegurarnos de que la tecnología amplifique, y no reemplace, la sabiduría humana. Las herramientas digitales deben usarse de forma crítica y ética, guiadas por principios pedagógicos que prioricen la inclusión, la autonomía y el bienestar.

Finalmente, necesitamos reafirmar la educación como un bien común. La pedagogía también debe contribuir al cultivo de principios democráticos fundamentales: el diálogo, la libertad de pensamiento y la acción colectiva. De esta manera, el aula no es solo un espacio de enseñanza y aprendizaje, sino un espacio para promover el bien común.

Conclusión

Dar sentido a la pedagogía hoy es redescubrir su propósito más elevado: despertar mentes, encender corazones y ampliar los horizontes de las posibilidades intelectuales.

La pedagogía no se trata solo de eficiencia o resultados, sino de transformación. Es una invitación a interactuar con el mundo con valentía, curiosidad y cuidado. Como tal, es un recordatorio de que la docencia es una de las profesiones con mayor impacto, pues tiene la responsabilidad crucial de formar a la próxima generación de ciudadanos, consumidores, trabajadores y líderes.

Enseñemos, pues, no solo para evaluar, no solo para adquirir conocimientos y habilidades, no solo para el rigor, sino también para el significado, para el desarrollo humano y social. No solo para la supervivencia, sino para un mundo mejor y más prometedor.

El Dr. Blessinger es el fundador, presidente e investigador principal de la Asociación Internacional de Enseñanza y Aprendizaje de la Educación Superior (con estatus consultivo ante las Naciones Unidas). El Dr. Blessinger es profesor de educación en la Universidad Estatal de Nueva York en Old Westbury y ha impartido docencia en escuelas públicas de la ciudad de Nueva York durante muchos años.

Referencias

- Blessinger, P. (2020). *Making Sense of Pedagogy*. Retrieved from <https://www.linkedin.com/pulse/making-sense-pedagogy-patrick-blessinger-ed-d/>
- Hattie, J. (n.d.). *Visible Learning: Ranking of Effect Sizes*. Retrieved from <https://visible-learning.org/hattie-ranking-influences-effect-sizes-learning-achievement/>
- Noddings, N. (2005). *The Challenge to Care in Schools: An Alternative Approach to Education*. New York: Teachers College Press.

Derechos de autor © [2025] Patrick Blessinger